



## LA “TURBAMULTA” Y LA EXPERIENCIA POLÍTICA POPULAR EN EL MOTÍN DEL 20 DE ABRIL DE 1851, SANTIAGO\*.

Roberto Pizarro Larrea\*\*.

**RESUMEN:** El artículo discute el conflicto entre la política y lo pre-político, en esta tarea se conjugan las preocupaciones recientes sobre el desempeño del pueblo en la conformación de los regímenes postcoloniales, conceptualizando dos directrices: los sujetos y la acción. El objetivo principal fue indagar el rol de la “turbamulta” en el motín de Santiago del 20 de abril de 1851 y la expresión de una experiencia política dentro de ese acontecimiento, tratando de concretar una significación historiográfica de la microhistoria se contó con una diversidad de fuentes que van desde los archivos, manifiestos, censos, memorias, cartas, prensa, diario de viajeros y relatos de época.

Por un lado se reclama la dificultad de identificar a los sujetos populares en la historia, y por otro la poca complejidad que alcanzan los estudios de la acción; desde la nueva historia social chilena, la historia de la vida cotidiana (*Alltagsgeschichte*) la historia cultural y las corrientes postmarxistas y postestructuralistas, pasan a conformar la propuesta del autor. Esto lleva a enfrentarse al concepto de “conciencia” para abandonar su prioridad en este tipo de estudios.

**Palabras clave:** historia social, siglo XIX, bajo pueblo y experiencia política.

Pensar la pertinencia de este trabajo bajo las aguas torrenciosas de lo que la historia nos obliga a comentar: el bicentenario; no sería si no un cúmulo de fuerzas centrípetas. Las discusiones en torno a la identidad y la cohesión nacional son una nostalgia-política más que una necesidad-social. La identidad “nacional” cabalga por recovecos *kitsch*, es más efímera y superflua de lo que pudiera parecer; de facto posiciona la singularidad y prioriza la sutura sobre la “nación”. Esta afirmación positiva es la más conocida sobre nuestra fragilidad social y la insatisfacción persistente de la vía autodenominada democrática. Se trata de opacar la confrontación social y la pobreza de

---

\* Recibido: Abril de 2010; Aprobado: Mayo de 2010.

El siguiente artículo trae a colación los principales planteamientos de la tesis de licenciatura. *Desde los arrabales...se fue sumando la canallada, la turbamulta y la experiencia política en el motín del 20 de abril de 1851. Santiago de Chile.* 2009.

Abreviaturas:

A.I.S: Archivo Intendencia de Santiago.

A.M.S: Archivo Municipalidad de Santiago.

A.B.V.M: Archivo Benjamín Vicuña Mackenna.

A.F.V: Archivo Fondo Varios.

A.D.S.M: Archivo Domingo Santa María.

\* \* Candidato a Magíster en Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS, Chile.

Contacto: r.pizarro.larrea@gmail.com



una nacionalidad chilena sumergida en un antagonismo histórico, y es que si bien se cumplen 200 años de independencia política, la degradación cívica y la enajenación de la soberanía ciudadana continúa igual que en nuestro centenario.

Lo que estaría sucediendo aquí, y lo que permite especificar este tiempo-presente, es la manifestación más pura de un asentamiento fetichista de la mercancía en el centro de una sociedad hedonista y altamente exitista. Por un lado una sociedad que heredó del shock neoliberal y la dictadura militar, una clausura de la política y por ende, el empobrecimiento de la participación en aquella. Por otro lado, adquirió también la escenificación de la tradición ficticia de la democracia chilena y la supervaloración de un “consenso” tecnocrático. Ambos planteamientos ponen énfasis en una contradicción contemporánea que trata de posicionar, en un piso memorial inferior un periodo muy álgido, la revolución epistemológica de los sujetos en acción: las poblaciones en oposición a la dictadura (1983-1986).

Esta revelación sólo podía abrir un campo de análisis, y es este mismo lo que permite entender la consumación de lo político como el espacio manifiesto de la oposición entre el ser genérico y el Estado, donde la relevancia de la política está dada por las prácticas ordinarias de una *cultura política*; dicho sea de otro modo, en lo político. Más sencillo entonces es presentar la necesidad histórica del compromiso teórico con la ciudadanía en acción. Afanarse en una voluntad historiográfica que permita pensar en acontecimientos que planteen la acción desde la experiencia ordinaria de los sujetos, es el acto alegórico de un “bicentenario” caracterizado por la representación oficial de una historia perversa y ahistoricista. En estos 200 años, el voluntarismo estatal ha demostrado de manera majadera la importancia de la política- institucional, mientras que la actualidad-tardía ha intensificado la disolución de aquel binario, abriendo el campo a las manifestaciones políticas de la subjetividad. Es en este interregno (teórico-político e histórico) donde se posiciona el siguiente artículo.

### **El carácter político de las modalidades pre-políticas.**

En su registro más acabado la Nueva Historia Social (NHS) presentó al artesano como uno de sus sujetos por excelencia. Este sujeto era un *empresario popular* que se sustentaba a partir del trabajo-propio. Según algunos autores contó con una autonomía que le permitió desarrollar históricamente una conciencia y un proyecto popular que rescataba su cosmovisión, su escala valórica y otros elementos que se contraponían al sentido arbitrario de la elite<sup>1</sup>. Este sujeto erigió un *sentido político* que enfrentó a la

---

<sup>1</sup> Cfr. Salazar, G. “Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)”. En: *Revista proposiciones*. Santiago: SUR. N°20. 1991, pp.180-231. Véase También (VT). Grez, S. *De la*



oficialidad, criticando los aspectos injustos de un modelo de acumulación basado en el crecimiento extravertido<sup>2</sup>. Este desenvolvimiento estuvo marcado por el perfilamiento del artesano como clase autónoma, en la medida que su identidad se diferenció de la barbarie y se trató de acercar a la civilización, des-codificándose del “roto raso” y coqueteando al patrón; configurando la modalidad de “medio pelo”.

Para el tratamiento que iniciaremos es necesario recalcar que ninguna de las corrientes historiográficas chilenas versa realmente sobre los “sectores populares” en su totalidad. La piedra de tope para entender esto es: *la conciencia de clases*<sup>3</sup>. Según la perspectiva de los *estudios subalternos*<sup>4</sup>, la historiografía marxista de los 70’s [que tuvo un alto impacto en nuestra NHS] consideraba los movimientos campesinos bajo esquemas estructurales tales como parentesco, religión, casta, etc., como si fueran la manifestación de una conciencia atrasada a la moderna *conciencia de clases*. Reconocidos promotores de estas ideas fueron, en Europa Eric J. Hobsbawm y en Chile Sergio Grez, quienes proponen los conceptos de formas “arcaicas” y “primitivas” para los movimientos sociales hasta entrada la era moderna<sup>5</sup>.

Estas “formas” fueron consideradas *prepolíticas* no sólo porque desaparecen del itinerario de agitación de las masas bajo el capitalismo industrial del siglo XIX y/o porque no estuvieron alienadas bajo la discursividad revolucionaria socialista que emerge fuertemente en ésta época denominada “de las revoluciones”; sino que debido a la falta

---

*“regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile.* Santiago: RIL Editores. 2007. VT. Del Mismo Autor (DMA). “Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador”. En: *Revista proposiciones*. Santiago: SUR. N°24. 1994, pp.230-235.

<sup>2</sup>Illanes, M.A. “La revolución solidaria. Las sociedades de socorros mutuos de artesanos y obreros: un proyecto popular democrático. 1840-1910”. En: *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Santiago: LOM. 2003, pp.261-363.

<sup>3</sup> Esta última puede permitir que el individuo se abstraiga del cuerpo y de su realidad inmediata para pensar en su bienestar de mayor alcance. No obstante, ello conlleva la lejanía y la empresa del sacrificio del cuerpo. Entonces cabe preguntarse ¿qué pasa con los sectores que no pueden solventar el desarrollo de una conciencia? el estudio ortodoxo sobre la “conciencia de clase” sería una reducción compleja de enfrentar, porque estaríamos olvidando la configuración del pueblo basado en la sobrevivencia, el apasionamiento y la libidinización del cuerpo; donde no impera la razón moderna sino un sin-sentido plebeyo, un raciocinio basado en la administración de la vida de acuerdo a los elementos del entorno más próximo: el cotidiano. (Rev. Retamal, J. *La Nación rota. De la “regeneración del pueblo” a la perversidad popular. Santiago de Chile 1845-1852*. Tesis (Licenciado en Historia y Ciencias Sociales). Santiago: Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS, Escuela de Historia, 2008)

<sup>4</sup> No deja de ser apremiante volver a poner en la mesa la discusión sobre la política y las relaciones de poder. No sólo las perspectivas post-estructuralistas francesas traen a colación comprensiones más complejas del sujeto y el poder. También lo realiza la historiografía post-colonial de la India al re-plantear la “subalternidad”. La escuela india de estudios subalternos liderada por Ranajit Guha y que emerge a comienzos de la década de los 80’, se perfila en un principio bajo la corriente inglesa de inspiración marxista. No obstante, una de las áreas en que estas dos escuelas se separan –y que nos interesa plantear– es en el estudio de los dominios de la elite y los subalternos con respecto a la política.

<sup>5</sup> La NHS estudia a los sectores populares denominando su acción como “Fase primaria de la violencia política” (Gabriel Salazar), modalidades “Pre-políticas” (Sergio Grez), pensando de manera desvinculada lo político y lo inorgánico. Sin embargo María Angélica Illanes propone el concepto de “*experiencia política*” para el caso del Norte Chico en 1851; y desde ahí es fructífero comenzar a pensar en una re-interpretación de estos acontecimientos.



de un lenguaje específico “en el que se expresen sus aspiraciones tocantes al mundo”<sup>6</sup>. Hobsbawm sostiene la noción de “forma primitiva” sólo a partir de la idea de una transformación en el modo de producción (comunitaria de subsistencia a capitalista de excedente); lo más apropiado sería sostener la persistencia de formas de lucha, considerando matizadamente su adecuación al capitalismo ya que su producción no se debe puramente a un cambio de “estrategia”, sino que a la modificación y contradicción de los mismos sujetos que se plantean frente a un objetivo, proponiendo la comprensión de los procesos de constitución de sujeto y junto a ello de sus determinadas posiciones en los procesos políticos, en la construcción de subalternidad<sup>7</sup>.

La corriente subalterna y principalmente Ranajit Guha, señala que el límite de las lecturas británicas (marxistas) se debe a las categorías formales de procesos institucionales y gubernamentales que se combinarían con el ámbito político. Con este enfoque, se descubre un elemento central en la historia de la India colonial: las movilizaciones subalternas se resistían a la dominación de la elite. Así se reivindica la politización de estas manifestaciones por la complejidad que involucra la lucha de la destrucción de los símbolos del prestigio social y el poder dominante de la elite; contra todos los mecanismos de opresión y producción de subalternidad: la opinión pública, la ley, la cultura, la policía, la religión y las producciones discursivas en general.

Podemos sumar también otro marco referencial propuesto por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes develan que “...las luchas contra la subordinación no puede ser el resultado de la propia situación de subordinación”<sup>8</sup>, con ello hacen referencia a una cuestión sustancial: los límites de lo social y lo político. Es que solo algunas luchas adoptan un *carácter político*, definiendo por político “la acción cuyo objeto es la transformación social que construye a un sujeto en relación de subordinación”<sup>9</sup>. Entonces las relaciones de subordinación no son más que aquellas que definen posiciones determinadas de los sujetos, no toda subordinación es opresiva o antagónica, para que acontezca es necesario que la subordinación pase a ser sede de antagonismos. La subordinación entonces, sólo pasa a ser ilegítima cuando se integran elementos discursivos que irrumpen la posición relacional de los sujetos, y que por su parte, estos pasen a construir su antagonismo.

La política como elemento discursivo, al ser considerada acción de insubordinación de una determinada relación posicional, no requiere pensar en la transformación radical

<sup>6</sup> Hobsbawm, E. *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ed. Ariel. 1993, p.11.

<sup>7</sup> Ver. Guha, R. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Ed. Crítica. 2002.

<sup>8</sup> Laclau, E. & Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*. Argentina: Fondo de Cultura Económica. 2006, p.195



del “mundo”, sino que simplemente en la acción de subvertir el encuadramiento que tanto simbólica, discursiva como fácticamente construye posiciones de sujeto. En su justa medida, las acciones iracundas de la “turba” no sólo son políticas porque se entrecruzan en una serie de conflictos estatales y de partidos políticos, sino que además porque son acciones que *per se* perturban la posición de subordinación de los sujetos frente al orden público; la aglomeración de la turba plantea una acción radical y una lectura hermenéutica que comprenda el resquebrajamiento en cuanto a la idea de “sumisión”.

La turba es una de las expresiones más familiarizada con el concepto “toma de poder”<sup>10</sup>. Estaba encaminada a lograr modificaciones políticas y económicas, esencialmente contra el desempleo y el alto costo de algunas subsistencias o productos, de modo que eran movimientos con el fin de subvertir generalmente la subordinación frente al Estado y al mercado.

No obstante la turba no es una “respuesta automática e inevitable”<sup>11</sup> a un descontento particular, por varios motivos, la acción de la turba es un “aprendizaje”. Para realizar este tipo de alboroto es necesaria una producción significativa determinada, es a partir de las relaciones sociales, rumores, experiencias, que la turba pasa a *constituirse*, en tanto se “...suponía que las autoridades se sentirían afectadas por sus movimientos...”, como especie de fantasmagoría “...y es que la muchedumbre no era solamente una reunión causal de gentes unidas con algún propósito del momento...”, era ante todo “...una entidad permanente, aun cuando permaneciese escasas veces organizada como tal”<sup>12</sup>.

### La “turbamulta”.

Es difícil contar con una explicación satisfactoria sobre la relación de los sectores populares y la política. No obstante, lo sustancial es que en Chile el “pueblo” asustó a la elite y esto *delimitó* la política, se rechazó a la plebe y se construyó una esfera administrativa totalmente alejada de los sectores populares. La construcción social de la “nación” se realizó constitucionalmente rechazando “la representación del pueblo”; “Art.159. Ninguna persona o reunión de personas puede tomar el título o representación del pueblo, arrogarse sus derechos ni hacer peticiones a su nombre. La infracción de este artículo es sedición”<sup>13</sup>.

¿Quiénes eran el pueblo?, según la historia la *plebe, populacho, vulgo, bajo pueblo, sectores populares, clase obrera, clases populares, clase baja, capas populares,*

<sup>9</sup> Ibídem.

<sup>10</sup> Hobsbawm, E. Op.cit, p.18 y p.185.

<sup>11</sup> Ibíd., p.169.

<sup>12</sup> Ibíd., p.170.



*multitud, pueblo, clases trabajadoras, grupos subalternos, masas, tumulto, muchedumbre, chusma*, etc; Esta dispersión del signo-pueblo nos ha presentado problemas que se trata de resolver mediante estratificaciones de distintos sujetos (de acuerdo a su posición), de modo que identificando los procesos económicos y sociales pareciera despejarse la incógnita. Continuando con el ejemplo antedicho ningún “concepto” resulta análogo a otro ya que no son comparables, cada uno responde a una interpretación determinada dentro de un contexto discursivo.

El epicentro de este conflicto es la “trampa lógica” que se remite a la composición del “sujeto” que se nos presenta desde la lógica aristotélica. Todo concepto, según Aristóteles, poseía una *extensión* y una *comprensión* determinada. A modo de relación inversa proporcional, cualquier ampliación de la *comprensión* del término, con el fin de especificar el objeto añadiendo más características, nos empuja a disminuir la *extensión* del concepto deviniendo en singularización exacerbada o a su inversa en vaguedad absoluta.

Esto sucede porque el razonamiento lógico está centrado en el “sujeto” y el principal obstáculo se produce cuando el “sujeto” deviene <acción>, sobre todo en una coyuntura cuando se entrecruzan en múltiples acciones. Si bien la microhistoria se enfrenta de manera inteligente ante esta paradoja ¿qué pasa con las pulsaciones sociales de mayor envergadura?. Esta razón nos llevó a definir un marco interpretativo en el cual proponemos como concepto seminal el de “turbamulta”.

Este concepto no se remite a un “sujeto”, sino que a un tipo de acción. La turbamulta se refiere a una conjunción de “pueblo”, de personas que se enfrentaban a algún tipo de símbolo representante de una autoridad, sea persona física y/o natural, sea una situación, institución u otra. No es una manifestación ciudadana que reclame por derechos o que posea un petitorio, sino que es una acción iracunda que al momento no pareciera tener razón y forma. El concepto de “turbamulta” se define como: *multitud confusa y desordenada*, y se compila del latín “turba” y “multa”. Las categorías de “turba” son “muchedumbre confusa, en desorden” en una connotación muy similar a nuestro concepto celular, y en una segunda categoría a una “multitud de gente, especialmente la que forma tumulto”. Dicho de otro modo, aquella muchedumbre de personas que se reúnen para una agitación desordenada y ruidosa a iniciar una revuelta o agitación con el fin de mostrar una oposición contra una autoridad, por medio de la desobediencia o directamente la violencia (motín). Para nuestro interés utilizaremos “turbamulta” como cierre de los tres conceptos clave que se descifran: turba, multa y tumulto.

<sup>13</sup> *Constitución política de Chile de 1833*. Capítulo XI. Disposiciones Jenerales. Art. 159.



Es por tanto una estrategia utilitaria: el “sujeto” puede ser móvil y heterogéneo, y al mismo tiempo articularse en base a una acción, formar un tumulto o propiciar una agitación.

### ¿El motín de Urriola o el motín de muchos?

Este motín ha sido denominado majaderamente como “motín militar” y es que efectivamente fueron los batallones armados al mando de Pedro Urriola Balbontin quienes inician el movimiento insurrecto<sup>14</sup>. Este fue un hombre que por su historial militar y carisma fue considerado un líder. Muchos de los militares que le siguieron en el movimiento subversivo de abril, siguieron a su persona, más que una causa crítica contra el gobierno. Son estos los motivos que han llevado a considerarlo un acto puramente militar, un caudillismo que forma parte de una tradición revoltosa del grupo liberal.

Sin embargo, Domingo Santa María cuando rememora el fatídico día del 20 de abril, lo llama: “pronunciamiento popular”; donde habría sido fundamental el apoyo de la opinión y el pueblo, aunque claramente tratando de re-validar el acto frente a la visión oficialista que emanaba del Estado<sup>15</sup>. Efectivamente, el pronunciamiento es militar, pero la carne, el sustrato más indeleble de aquella manifestación fue el popular. Frente a este hecho la historiografía no ha apostado por aquella “muchedumbre” debido a que fueron una “masa” que no tuvo una causa “política”.

Con respecto a los motines de 1851 y considerando las reflexiones de Sergio Grez, Daniel Palma pone en marcha la idea de una participación mucho más activa del bajo pueblo. En aquellos acontecimientos a “la irritación emanada de una injusticia puntual se sumó una creciente dosis de resentimiento social que adicionó un ingrediente de clase a los motines”<sup>16</sup>. Esto nos permite inferir en la participación del bajo pueblo una posible posición frente al conflicto. Siguiendo esta propuesta se tuvo que partir por corroborar la participación de aquel “pueblo” y segundo dar cuenta de procesos que explicaran su “posición”.

<sup>14</sup> Un político-militar que participó en las campañas militares de 1813 y 1814, en la Batalla de Rancagua, fue guerrillero en Colchagua en 1816, y se batió en las Batallas de Cancha Rayada y Maipú. En 1832 fue intendente interino de Santiago y a pesar de su ideología liberal, acató el nombramiento de Manuel Bulnes para comandar el batallón Chacabuco en 1849.

<sup>15</sup> A.D.S.M. SMA5805, f.30.

<sup>16</sup> Palma, D. *Guerra civil, guerra social y miedo patricio. La intervención popular en los motines de 1851*. Artículo inédito, en prensa.



La pista que nos llevó a replantear este hecho fue dada por Domingo Faustino Sarmiento, que casi sin darle importancia en *Motín en Santiago* utiliza el concepto de “afección política”<sup>17</sup> para explicar la participación del pueblo en una posición liberal o conservadora. La postura “afectiva” del populacho permite referirnos a las prácticas sociales, psico-sociales y culturales que determinaron su contexto.

En términos sencillos, la “afectividad” supone la experimentación de una persona frente a determinadas alteraciones. Es un proceso introspectivo que reafirma la soberanía primaria, aquella que se refiere al empoderamiento del “yo” como sujeto. La acción resulta entonces, como un campo de múltiples alteraciones que motivaron al bajo pueblo incluirse en tal o cual posición. Finalmente la decisión, la voluntad de considerar cualquier posibilidad estaba sujeta a los espacios significantes y culturales en los cuales se desenvolvía cada persona, esto determinó la participación en el motín. La afección política está dada por una determinada *experiencia de subordinación*, en las formas, espacios y sensaciones en el marco de las cuales se experimenta el choque con el poder.

### **El motín de Santiago<sup>18</sup>.**

En la madrugada del 20 de abril de 1851, el pueblo multitudinario se había movido por la finalización de la Semana Santa y la procesión del resucitado que venía desde la Iglesia de San Francisco. En aquellos momentos los pipiolos planearon la ejecución del motín que tendría como objeto anular la candidatura presidencial de Manuel Montt, con el apoyo del militar Pedro Urriola, el batallón Valdivia, todas las guardias cívicas y los cinco mil igualitarios que se había pensado movilizar.

El primer movimiento fue hacerse del poder de la guardia y la cárcel para liberar a los igualitarios que habían sido apresados. Cuando el batallón Valdivia se acercó a la Plaza de Armas, comenzó a sonar el pito de un “animoso sereno” que fue derribado entre tres o cuatro paisanos al suelo, negándose a callar<sup>19</sup>.

Según la versión oficial se sabe de que la cárcel fue tomada por sorpresa, los tres guardias que como de costumbre se quedaron afuera no pudieron contener a los insurrectos. Sin embargo, según la conversación con un soldado de cazadores que fue registrada por Benjamin Vicuña Mackenna, esa noche el carcelero mayor dijo que vio al oficial con el cabo y el sargento “secreteando”. Según la memoria del mismo oficial, Urriola le dijo: “con ese batallón [el Valdivia que se encontraba desfilando por las inmediaciones de la pila] el Chacabuco y Artillería, haremos caer hoy al Gobierno, cuento

<sup>17</sup> Sarmiento, D.F. *Motín en Santiago*. Santiago: Impr. Julio Belin i Cia. 1851, p. 6

<sup>18</sup> No se reconstruirá el día 20 de abril en su totalidad porque está hecho en la obra de Benjamín Vicuña Mackenna. En: VICUÑA MACKENNA, B. *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851: una batalla en las calles de Santiago*. Santiago: Instituto de Historia, PUC. 2003.



para ello con Videla [Comandante Don Antonio Videla Guzmán] y algunos oficiales de Artillería”<sup>20</sup>.

Después de haber hablado con Urriola, Don Santiago Gutiérrez (subteniente del Chacabuco a cargo de la guardia de la cárcel) sacó toda la tropa y centinelas con el fin de solicitar compromiso y apoyo hasta morir si fuere necesario por Urriola, pero si había alguno que no quisiera hacerlo voluntariamente podía retirarse<sup>21</sup>.

A las tres de la mañana, el oficial Gutiérrez, y con el Batallón Valdivia en la plaza al frente de la cárcel, propuso liberar a los presos políticos que se encontraban ahí, entre ellos Don José Estuardo y Francisco Prado Aldunate<sup>22</sup>. El oficial a cargo de la guardia de aquella noche también se dirigió a la reja de los presos “y gritó en alta voz libertad, todos están en libertad”<sup>23</sup>. Sin embargo, el carcelero mayor solicitó ayuda al cuartel de vigilantes y contuvieron a balazos a los presos que respondían con piedras y que fueron devueltos a los calabozos<sup>24</sup>.

Luego se hizo correr el rumor del motín para contar con el apoyo del “pueblo” que para esa ocasión había en mucha cantidad en las calles. Según Sarmiento, al momento de noticiarse este hecho y solicitarse tomar armas “la calle del Estado, la calle Ahumada i la de la Bandera se cubrieron de jentes huyendo de que se les creyese partícipes en el crimen”<sup>25</sup>. Aunque es bastante posible que se haya dado de este modo, la insistencia en movilizar al pueblo por parte de los insurrectos continuó<sup>26</sup>; “...al venirse a la plaza dice que despertó a todos los rotos de las calles, que recorría llamándolas a la plaza”<sup>27</sup>.

De facto pasó a armarse el “pueblo con el armamento del Batallón de Bomberos”<sup>28</sup>, cuartel que estaba a cargo del centinela Larrechea, “el negrito Larrechea”, quien era seguidor de las doctrinas de los igualitarios y de Francisco Bilbao. Silvestre Lazo, Luis Bilbao y Ricardo Ruiz, fueron los tres jóvenes que dirigieron a unos doscientos hombres que tomaron aquellos fusiles desarmados y sin cartuchos de la bomba. “Estos últimos, con la excepción de treinta o cincuenta artesanos, verdaderamente decididos, y algunos voluntarios de ojota y de *chupalla*”<sup>29</sup>. Según *El Cazador* en ese mismo acto se

<sup>19</sup> Vicuña, M, B. *Historia...*, op.cit, p.290.

<sup>20</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Apuntes de los sucesos del 20 de Abril por Don Santiago Gutiérrez*, op.cit, f.67.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> A.B.V.M. Vol.35. Datos sobre la revolución del 20 de abril de 1851. *Conversación con un soldado de cazadores de cívicos*. 22 de Abril de 1851, f.21.

<sup>23</sup> *Ibid.*, f.22.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> Sarmiento, D.F. *El motín...*, op.cit, p.3

<sup>26</sup> *El Cazador*. Año 1. Nº2. Martes 22 de Abril de 1851.

<sup>27</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Carta de Don Daniel Espejo sobre el 20 de abril*. Chillán 10 de Diciembre de 1877, f.224.

<sup>28</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Apuntes...*, op.cit, f.68.

<sup>29</sup> VICUÑA, M, B. *Historia...*, op.cit, p.302.



“llama con entusiasmo al pueblo, a los que llamaban ciudadanos, hermanos (...) otro personaje (...) ofrecía fusiles al pueblo que reusaba con desprecio”<sup>30</sup>.

En estos mismos momentos se trató de controlar las guardias cívicas y para ello el teniente Herrera se dirigió al cuartel del batallón de milicias N°3. “Era el plan apoderarse de las armas, batir la jenerala i tomar a los milicianos para decir después que la guardia nacional estaba con ellos”<sup>31</sup>, no obstante, Arriagada volvió armas contra el oficial rebelde, al igual que el sargento Laines, quien mató al teniente Carillo por el mismo motivo.

Para este momento y según la versión oficial, el movimiento insurrecto contaba con un gran desaliento y turbación, ya que “los presos se habían fugado; el pueblo se alejaba en masa, salvo un puñado de miserables i los treinta o cuarenta igualitarios”<sup>32</sup>. Mientras tanto se tocó la generala y los tambores para formar y armar los batallones de Guardias Cívicas, que para esa madrugada contaron con unos 180 a 200 hombres por cada cuartel<sup>33</sup>.

Así, según la prensa adicta, la Plaza de Armas “no ofrecía entonces resultados, el pueblo que se agrupaba en ella (...) sordo a las insinuaciones que se le hacían, indiferente a las súplicas con que se le exige el auxilio”<sup>34</sup>, en las palabras de *La Tribuna* eran específicamente “el pueblo de artesanos era espectador atónito, serio del motin i rehusaba con indignación las armas que se le ofrecían”<sup>35</sup>.

Lo mismo describe Vicuña Mackenna con respecto a la mayor parte de jefes de taller y jóvenes aprendices: “el mayor número se resistía evidentemente a nuestra vista a tomar las armas”, sólo se estaba rodeado de curiosos y de paseantes “especialmente de sirvientes domésticos que iban al recaudo del abasto”<sup>36</sup>. Para Domingo Faustino Sarmiento ir hacia la Cañada sólo podía significar para los demagogos tratar de apoyarse en los arrabales “para reunir mayor masa de pueblo”<sup>37</sup>.

Sin embargo, parece más real la necesidad que tuvieron los rebeldes de moverse ya que en la plaza, mientras pasaban los minutos, se habían congregado al menos cien hombres del cuerpo de vigilantes y serenos<sup>38</sup>. En la Plaza de Armas estaban, según recuerda José Victorino Lastarria en su *Diario Político*, “esa noche, a las cuatro o cinco de

<sup>30</sup> *El Cazador*. Loc.cit.

<sup>31</sup> Sarmiento, D.F. *El motín...*, loc.cit.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> *La Tribuna*. Folletín (hoja suelta publicada). 20 de Abril de 1851.

<sup>34</sup> *El Cazador*. Loc.cit.

<sup>35</sup> *La Tribuna*. Año 2. N°584. 21 de Abril de 1851.

<sup>36</sup> Vicuña. M, B. *Historia...*, op.cit, p.296.

<sup>37</sup> Sarmiento, D.F. *El motín...*, op.cit, p.4

<sup>38</sup> Vicuña. M, B. *Historia...*, op.cit, p.298.



la mañana, (...) los batallones Valdivia y Chacabuco (...)” además de “más de cinco mil almas”<sup>39</sup>.

En esa marcha, según el soldado de cazadores, alrededor de las cinco a seis de la mañana de aquel día y cantando el himno nacional, el batallón Valdivia desde la Plaza de Armas hasta San Francisco se movilizó con “el pueblo” que “iban a retaguardia en gran número”<sup>40</sup>. De modo que el “pueblo” parece dividido en “el pueblo y el populacho”, ya que como señala el mismo Benjamín Vicuña Mackenna:

“En cuanto a la **turbamulta** que nos había venido siguiendo desde los arrabales, ésta sólo pedía dinero; pero al mismo tiempo pedía fusiles. Esta era la leva revolucionaria del motín, la carne de cañón de las batallas. Esos querían pelear por pelear, poco les importaba la victoria o la vida, la derrota o la muerte y por qué y por quién habían de pelear y de morir”<sup>41</sup>.

La apreciación del oficial de guardia de la cárcel, Don Santiago Gutiérrez, tampoco difiere mucho de esta última refiriéndose a esa marcha desde la plaza con todas las fuerzas que podían disponer el batallón Valdivia, la guardia de la cárcel y pueblo armado. “Jamás presencié un acontecimiento más agradable que esa marcha desde la plaza de Armas á la Alameda, por la Calle del Estado, en medio de un pueblo, cuyo entusiasmo rayaba en locura”<sup>42</sup>.

Ya llegados al punto de la convocación al costado de la Iglesia San Francisco, en la Cañada, según Sarmiento, el pueblo que se acercó a los amotinados era el asistente a la festividad religiosa y al momento de sumarse a los alborotadores se hizo “dejando entre su masa i los amotinados amplio espacio, para que no se confundiesen”<sup>43</sup>. El batallón Valdivia detuvo su marcha y mientras esperaban la siguiente orden en la bocacalle próxima “se le dio descanso, i se les repartió licor, que se les llevaba en cajones”<sup>44</sup>. Cuando llegaron a la Alameda se apoyaron en el costado de la Iglesia de San Francisco “...rodeados por todas partes de un inmenso pueblo; tanto que si en esos momentos hubiéramos tenido armas y municiones se podían haber armado tres mil hombres, por lo menos, tal era el entusiasmo con que se pedían armas para ayudarnos”<sup>45</sup>

Mientras se esperaba que se sumara el batallón Chacabuco ubicado en el cerro Santa Lucía, Don Pedro Ugarte, armado de revólver junto a Don Nicolás Figueroa cruzaron la Alameda para dirigirse a la botica que se encontraba en frente del Hospital

<sup>39</sup> Lastarria, J.V. *Diario Político. 1849-1852*, Sección “Diarios, Memoria y Relatos Testimoniales”. En: *Revista Chilena*. NºVIII. Santiago: Año I, tomo II. 1917, 27 de mayo de 1851.

<sup>40</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Conversación...*, op.cit, f. 25.

<sup>41</sup> Vicuña, M, B. *Historia...*, op.cit, p.296. [El destacado es del autor.](#)

<sup>42</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Apuntes...*, op.cit, f.68.

<sup>43</sup> Sarmiento, D.F. *El Motín...*, op.cit, p.4.

<sup>44</sup> A.B.V.M. Vol.35. Nº21. *Datos sobre el 20 de abril de Don Anjel Vasquez 1877*, f.237.



San Juan de Dios [en la ladera sur de la Alameda, entre las calles San Francisco y Santa Rosa actualmente]. Fue idea del segundo solicitar con urgencia toda el agua ras que hubiera en ese establecimiento<sup>46</sup>. “En estos momentos penetra en la botica Don Pedro Castaños (...) con algún pueblo armado i con alguna tropa militar, en busca de pólvora i municiones, rejistrándolo todo, i cruzando sus bayonetas aquella jente, ya enardecida por el licor”<sup>47</sup>.

Según la prensa, el funcionario de la botica de Vásquez tuvo que improvisar obligatoriamente humedeciendo las poleras en agua ras, sin embargo, se sabe que fue el propio Don Nicolás Figueroa que sacó de la botica un frasco que era todo lo que había<sup>48</sup>. Con esto empaparon trapos y poleras que en el momento posterior intentaron lanzar para incendiar por los aleros exteriores y tejado al cuartel de artillería<sup>49</sup>.

Alrededor de las nueve de la mañana llegó Francisco Bilbao con unos 500 a 600 hombres de pueblo colocándose a la vanguardia<sup>50</sup>, “la mayor parte de los cuales pertenecía al populacho de los arrabales”<sup>51</sup>. En esos momentos arremetieron a dos grandes pilas de sandías que desaparecieron en un instante. Bilbao tuvo que abonar inmediatamente media onza de oro sellado a uno de los dueños de las sandias, redirigiendo esa “turbamulta” hacia el templo de San Juan de Dios que servía de barraca, y de ahí se sacaron sacos de nueces y cebada que corrieron con la misma suerte que las sandías<sup>52</sup>.

Según el historiador Leopoldo Castedo:

*Ayudado por unos 15 igualitarios y abundantes curiosos, inició la primera [Barricada] con materiales extraídos de un almacén inmediato. La mala suerte se ensañó con el romántico iluminado. Se le ocurrió echar mano de numerosos sacos con nueces, y los cada vez más numerosos mirones, que ya pasaban de mil, se dedicaron con irrefrenable jolgorio a vaciarlos, acompañando la degustación de las frutas secas con el pan sustraído a algunos incautos repartidores. Fue, pues, necesario rehacer la barricada con elementos no comestibles<sup>53</sup>.*

Así se tuvo que improvisar las barricadas con elementos que no fueran comestibles. Se trajeron maderas de la misma barraca, también del almacén de maderas de Don Santiago Cueto, según *La Tribuna* “a los panaderos se les despojó de sus petacas;

<sup>45</sup> *Ibíd. Apuntes...*, op.cit, ff.68-69.

<sup>46</sup> *Ibíd. Datos...*, op.cit, f.237.

<sup>47</sup> *Ibíd.*

<sup>48</sup> *Ibíd.*

<sup>49</sup> Vicuña. M, B. *Historia...*, op.cit, p.324.

<sup>50</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Datos...*, loc.cit.

<sup>51</sup> Vicuña. M, B. *Historia...*, op.cit, p.282.

<sup>52</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Datos...*, op.cit, f.238.



a los lecheros se les quitó sus tarros, se asaltaron varias casas i picanterías para sacar otros víveres; del hospital San Juan de Dios sacaron camas para las trincheras...<sup>54</sup>.

Aunque estos parecieran ser asaltos y actos criminales, fueron aprobados por algunos ciudadanos, considerándolo un “almuerzo o como botín de guerra entre la apiñada muchedumbre en ayunas”. El mismo Don Nicolás Figueroa, después de indemnizar a los comerciantes afectados, se encargó de “repartir aquel (...) refrigerio a la tropa”<sup>55</sup>. No obstante, para el resto de los ciudadanos estos hechos alimentaron el temor y la expectación que desde ese momento se consideraban bien fundadas.

El bajo pueblo estaba alzado:

“...por la cañada abajo se improvisó una barricada de tablas, sacos (...) con el objeto de impedir sus cargas, es de notar que en este y otros trabajos análogos, no se ocupó un solo soldado, porque el paisanaje, se prestaba con la mejor voluntad a cumplir las órdenes de sus caudillos”<sup>56</sup>.

Según Vicuña Mackenna:

“...ningún brazo se comedia a levantar una barricada, ni siquiera a empuñar un mal fusil. Sólo la clase que hoy se denomina *pillilos*, el antiguo y bravo *roto* de nuestras ciudades coloniales, especialmente el “roto de Santiago” (...) se armaba y escupíase las manos como si se tratara de un simple duelo a cuchillo”<sup>57</sup>.

El cuartel de artillería estaba ubicado a los pies del cerro Santa Lucía en una casa de alquiler; tenía una pésima posición militar<sup>58</sup>. Se encontraba entre las calles de Bretón [Santa Lucía] y de las Recogidas [Miraflores], a una cuadra del Carmen Alto [actual plazuela de Vicuña Mackenna], tenía una puerta principal que daba a la calle de la Cañada y una falsa por la estrecha calle de las Recogidas (antigua puerta del beaterio denominado “La casa de las Recogidas”).

En aquel momento, las fuerzas amotinadas contaban según Sarmiento con 350 hombres del batallón Valdivia, 23 del Chacabuco, como 30 de Bomberos, algunos jóvenes aturdidos y la chusma en número de 400 hombres<sup>59</sup>. Sin embargo, creemos que esta cantidad era menor a la real, en la medida que la cantidad de personas que había en aquel lugar se incrementó cuando llegó Bilbao. Esto parece tener sentido, si sabemos por

<sup>53</sup> En: Arrate, J. & Rojas, E. *Memoria de la Izquierda chilena*. Tomo I, 1850-1970. Santiago: Ediciones B. 2003, p.34.

<sup>54</sup> *La Tribuna*. Año 2. N°586. Miércoles 23 de Abril de 1851.

<sup>55</sup> Vicuña, M, B. *Historia...*, op.cit, p.320.

<sup>56</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Apuntes...*, op.cit, f.71.

<sup>57</sup> Vicuña, M, B. *Historia...*, op.cit, p.301.

<sup>58</sup> Sarmiento, D.F. *El Motín...*, op.cit, p.4.

<sup>59</sup> *Ibidem*.



parte de la misma pluma del escritor argentino, que en la Cañada había alrededor de 20.000 hombres de pueblo<sup>60</sup>.

Fue una inmensa fuerza, a cargo de Urriola y Arteaga, la que atacó el cuartel de artillería que contaba sólo con alrededor de 100 hombres. Esperando tomar las posiciones adecuadas, los amotinados acecharon aquel cuartel que esperaba a puertas cerradas lo que podría haber sido una derrota aplastante. Los primeros que comenzaron el ataque fueron los “paisanos”<sup>61</sup>. Según Gutiérrez fue el pueblo armado y sin armas que comenzaron lanzando piedras al patio por encima de las murallas y a la puerta principal, “...después de tomar las posiciones adecuadas, destacaron sobre las puertas del cuartel i las ventanas una multitud de rotos que arrojaban piedras por los techos, i lograron abrir un agujero al costado de la puerta principal, i echar abajo la puerta falsa”<sup>62</sup>.

Al recordar, José Victorino Lastarria menciona que cuando comenzaba el ataque “a las 10 (...) era más popular el movimiento, porque multitud de ciudadanos fraternizaban con los amotinados y pasaban de quinientos los que habían tomado las armas”<sup>63</sup>.

Durante el enfrentamiento se sacaron las piezas de artillería, llegaron guardias cívicas a apoyar la resistencia del cuartel y el batallón Chacabuco en su mayoría se puso a disposición de la defensa de las “instituciones y las leyes”. Cuando comenzaba el ruido de los tiros, afirma Ángel Vásquez: “el pueblo, una vez que oyó los primeros tiros, desapareció como bandada, esto que hace siempre la jente que no tiene que cumplir con la disciplina militar, i que no asiste a esta clase de espectáculo sino para robar i engullir todo lo que pillan”<sup>64</sup>.

Sin embargo, todo indica que fue en un primer momento cuando no contaban con lugares donde refugiarse y estaban a pecho descubierto en una calle de atraveso de ocho varas, o bien, que perfectamente no sólo el pueblo sino que la mayoría de la fuerza amotinada al escuchar ¡Cañones! la ¡Artillería!, se dispersaron las fuerzas en búsqueda de seguridad personal. Ese grito se dio cuando al tratar de llegar al auxilio del cuartel y entrando por la calle de las Recogidas para entrar por la puerta principal, las guardias cívicas fueron acorraladas entre las dos bocacalles aledañas, siendo masacradas una gran parte de ellas en disparos cruzados de extremo a extremo<sup>65</sup>.

Fue el capitán de artillería que en vista de encontrarse acorralados, trató de dispersar cualquier fuerza armada que se acercara al cuartel, atacando confusamente a

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p.6

<sup>61</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Conversación...*, op.cit, f.25.

<sup>62</sup> Sarmiento, D.F. *El Motín...*, op.cit, p.4.

<sup>63</sup> Lastarria, J.V. *Loc.cit.*

<sup>64</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Datos...*, op.cit, f.238.



las propias fuerzas que se someterían a sus órdenes. El mismo Gutiérrez agrega que ante las primeras descargas de la artillería, las balas pasaron por las “jentes que teníamos delante”. Fue por este motivo que muchos de los cívicos tuvieron que arrancar echando abajo las puertas de las casas, deslizándose por las acequias y trepando el cerro por lugares inaccesibles, arrojando sus uniformes o siendo asaltados por peones y artesanos que tomando sus armamentos continuaban con el ataque<sup>66</sup>.

Este motín terminó finalmente cuando fueron asaltadas las piezas de artillería que habían sido ubicadas en la calle de las Recogidas y que fueron finalmente arrastradas por la Cañada abajo “llebándolas como en triunfo, en medio de los gritos del pueblo”<sup>67</sup>. Efectivamente, esa animosidad del pueblo y su activa participación nunca desaparecieron del relato de quienes vivieron y participaron de aquel acontecimiento. Cuando finalmente se rinde el cuartel de artillería, Don Santiago Gutiérrez es buscado por Don Fermín Carrasco, oficial a cargo del cuartel, y junto con el Comandante Videla fue invitado a pasar a dicha casa.

“...Cuando fui visto por el pueblo, formado i la cabeza de mi tropa (...) todo el mundo gritaba entonces ¡La artillería está rendida! (...) los valdivianos y paisanos que en grupos entraban al patio preparados y mirando a todas partes como para ver a quien tirarle. (...) el Coronel Maturana, personalmente me dio la orden de no dejar entrar paisanos, y sí solo a los militares, y que hisiera retirar el paisanaje que había al frente del cuartel”<sup>68</sup>.

Al entrar en la artillería los oficiales superiores del cuerpo sublevado, se inició la estrategia que le dio la victoria definitiva a las fuerzas oficialistas, perdedoras de facto.

“Los asaltadores vencieron, pero al tiempo de tomarse la artillería, Urriola murió de un balazo y Arteaga huyó. Así es que el Valdivia y los ciudadanos armados entraron al cuartel sin jefes y allí fueron rendidos o capitulados por los jefes del Gobierno...”<sup>69</sup>.

Al darse ésta situación, la derrota capitulada fue claramente identificada por el bajo pueblo, que al darse cuenta del pactado final del motín, huyeron.

“...salen unos cuantos hombres del pueblo dando gritos y a carrera, con voces de, *¡Traición! ¡Traición! ¡El Valdivia se ha entregado!* Y entonces los que no

<sup>65</sup> Zañartu, S. *Santiago Calles Viejas*. Santiago: Gabriela Mistral. 1975, p.80.

<sup>66</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Conversación...*, op.cit, f.25. VT. *Ibíd.*, *Apuntes...*, op.cit, f.72

<sup>67</sup> *Ibíd.*, f.73.

<sup>68</sup> *Ibíd.*, ff.74-75.

<sup>69</sup> Lastarria, J.V. Loc.cit.



quedaron encerrados en la ciudadela que creían suya, huyeron por su vida en todas direcciones...”<sup>70</sup>.

La participación del bajo pueblo fue en todo momento activa, lo que explicaría también el parecer del cazador de cívicos frente al “mayor número de muertos” que “pertenece al pueblo que siempre salía al frente, algunos estaban armados de piedras, palos, bayonetas”<sup>71</sup>. Y pese a que no tenemos registros de los muertos<sup>72</sup> del combate contamos con datos de algunos que ingresaron al hospital San Juan de Dios<sup>73</sup>.

A partir de este acontecimiento D.F Sarmiento escribe su artículo *Motín en Santiago*. Este artículo es representativo de la interpretación adicta al gobierno, publicado por la imprenta de Julio Belín y Compañía, como folletín independiente y en *La Tribuna*, confirma varios de los puntos que hemos tenido que enfrentar. Uno de ellos responde a esa ambigüedad del concepto “pueblo” y luego su posición. A partir de este relato de acontecimientos podemos afirmar que efectivamente el comportamiento del pueblo estuvo sujeto a contradicciones y ambigüedades que permiten narrar desde varios puntos: desde los artesanos que se suman a las guardias cívicas, los que son espectadores de los hechos como curiosos, y finalmente los que se suman a los revoltosos, tal como lo hizo el peonaje y el populacho.

### **La “experiencia política popular”.**

Cuando la “turbamulta” se congregó alrededor de los amotinados en la Plaza de Armas y continuaron siguiéndolos en cada paso que daban, Benjamín Vicuña Mackenna se lo explicaba del siguiente modo: “el pueblo, en sus diversas categorías de trabajo y de desgracia, se agrupaba hacia el centro con evidente simpatía por la causa de la revolución, porque para el que sufre, todo cambio es un halago porque es una esperanza”<sup>74</sup>.

Mientras que Domingo Faustino Sarmiento señalaba: “el pueblo de curioso les sigue, se les reúne; porque el público nunca tiene simpatías por las tropas, ni la fuerza pública; gusta del que resiste, del que desobedece, del que arrostra un peligro”<sup>75</sup>. Este es el pueblo que estaría dispuesto “a echarse al cuello del gobierno”<sup>76</sup> cada vez que alguien se lo indique.

<sup>70</sup> Vicuña. M, B. *Historia...*, op.cit, p.355.

<sup>71</sup> A.B.V.M. Vol.35. *Conversación...*, op.cit, f. 22.

<sup>72</sup> Según registros del Ministerio de la Guerra se contaron 27 muertos y 87 heridos entre la artillería, el Chacabuco, Granaderos, Valdivia y los cuerpos cívicos. Por otro lado, el artículo las “Tablas de sangre de la candidatura de Montt” de *El Progreso* acusa unos 200 ciudadanos muertos. En: VICUÑA. M, B. *Historia...*, op.cit, pp.358-359.

<sup>73</sup> *La Tribuna*. Año 3. N°610. Miércoles 21 de Mayo de 1851.

<sup>74</sup> Vicuña. M, B. *Historia...*, op.cit, p.301.

<sup>75</sup> Sarmiento, D.F. *¿A quién...*, op.cit, p.6.

<sup>76</sup> *Ibíd.*, p.2.



Por ende es muy importante considerar aquello que explicita Sarmiento, pero que fue común para la elite dirigente en momentos de crisis: “el espíritu de insubordinación”, aquel que afecta “a todos los pueblos, sobre todo en los nuestros que carecen de hábitos públicos de historia práctica, de ciencia i de experiencia”<sup>77</sup>.

Se da entonces una transformación en torno a la objetivación de los sectores populares por parte de la elite. La idea del peso de la noche y la obediencia sumisa (tesis de Edwards<sup>78</sup>) se modifica en torno a la idea de rebeldía por naturaleza que tienen los liberales y progresistas de la época. Por ende hay una transformación en torno a los rotos, siendo explicada desde su condición de pobreza o ajenidad a la propiedad.

Cuando se inició el movimiento insurrecto del 20 de abril, estaban a cargo soldados, jefes de taller, artesanos y un repartidor de zapatos, un hombre de color llamado Juan Vargas, más conocido como *Juan Pirula*<sup>79</sup>. Juan fue uno de los once organizadores del motín, el más entusiasta al momento de estar en la Plaza de Armas con unos 100 a 150 artesanos que al parecer dirigió<sup>80</sup>, y cuando fracasó la intentona de Santiago, continuó su expedición combatiente hacia el norte para ser parte de la guerra civil que se inició desde septiembre de ese mismo año.

Juan no era artesano y esto comprueba que los artesanos no fueron los únicos que protagonizaron el acontecimiento estudiado, y tampoco son todos, los que responden al llamado de las guardias cívicas. Aseverar este hecho sólo se puede hacer por encima, y desestimando las diferencias propias las clases populares. El artesanado implicado en la guerra civil de 1851, fue cooptado por las guardias cívicas, pero eso no quiere decir que dentro del marco amplio de los artesanos, los menos afortunados, producto del desarrollo de la modernidad del mercado en Santiago (de producción de bienes suntuarios u otros) no hayan participado junto a los “pililos” para formar parte de la “canallada”.

Por otra parte, la elite en esos momentos se vio interesada en limitar el potencial expansivo de los sectores populares, tal como se desarrolló con los indígenas en un “pueblo de indios”, era necesario territorializar espacial-urbana, política, moral, económica, religiosa, social, sexual, festiva y laboralmente los espacios donde podían andar esos cuerpos extraños. Pero esto no fue toda la tarea, finalmente era necesario también eliminar su devenir, desarticular su disposición, evitar que el cuerpo pobre deviniera “turbamulta”, porque en ella aparecían las pesadillas más horribles para el patriciado: la destrucción de la propiedad privada. En la medida que esta cuestión fue

<sup>77</sup> *Ibíd.*, p.4.

<sup>78</sup> Edwards, A. *La fronda aristocrática*. Santiago: Ed. Universitaria. 2001.

<sup>79</sup> Vicuña, M, B. *Historia...*, op.cit, p.281

<sup>80</sup> Riquelme, D. *Op.cit*, p.78.



dispuesta como epicentro de todas las relaciones, el conflicto fue definido como un asunto de “interés de clase”.

Así la elite construyó un imaginario social sobre las capas populares, haciendo uso de sus temores y prejuicios, recreó un escenario social que limitó el análisis y la reconstrucción de la historicidad del bajo pueblo. Se hizo necesario *deconstruir* una serie de espacios e interpretaciones para poder aseverar dos ideas: a) el “pueblo” no es sino un concepto ambiguo y conflictivo; b) su participación en acciones como los motines es coherente con sus distintas formas de manifestación.

El conflicto político de la elite abrió espacios de expresión donde pudo ingresar el bajo pueblo. Anterior a la guerra civil de 1851, la Sociedad de la Igualdad había emergido como una forma de organización de los sectores progresistas de la elite que se hicieron del apoyo del grupo liberal. No obstante, la concreción de este tipo de sociabilidad fue más compleja. Aunque se haya constituido como un club de artesanos no podemos afirmar un carácter excluyente.

A partir de estas nociones concluimos que la participación de la “turbamulta” en distintos episodios da cuenta de experiencias políticas. Dicho de otro modo, el bajo pueblo se sumó en acciones que de acuerdo al espacio, lo enfrentaron a la ciudadanía y al imaginario socio-cultural de la época, a la elite, rebelándose contra su subordinación.

Enfrentarse a la ciudadanía fue posible por los diferentes intereses que tenía el pueblo. Se encontraban contradicciones entre los sectores acomodados y los sectores vulnerables; las diferencias entre comerciante establecido y ambulante, panadero y petaquero, entre otros. Al momento de movilizarse junto a los igualitarios recorriendo las calles en masa, se planteó el fin de la pasividad política y la emergencia de la efervescencia social. Estos elementos se relacionan directamente con el conflicto que tuvieron frente al imaginario socio-cultural. Los discursos de la época, aunque eran vagos y ambiguos, diferenciaron a un pueblo laborioso y otro cesante; la diferencia permitió manifestar el concepto “pueblo” sin dejar de tener un correlato con la realidad, sin embargo ésta era puramente fragmentada.

La transformación del discurso oficial operó de manera fáctica, ante una mayor agitación del pueblo fue necesario aumentar la vigilancia y la represión (tal como sucede con la policía con posterioridad a los sucesos de convulsión social, que debió aumentar a casi 800 el número de sus activos, de los cuales la mayoría eran muchachos que por su estatura, apenas podían cuidar que el sable tocara el suelo<sup>81</sup>). Es posible pensar en el temor que causaba a la elite el bajo pueblo, ya que el sólo hecho de verbalizar el



concepto “pueblo” encendía las pasiones de resguardo y protección de la propiedad, por ello no era posible “representar al pueblo” y menos desnaturalizar su posición social que el orden natural de las cosas le había otorgado.

Esto explica las constantes quejas de vecinos hacia la Sociedad de la Igualdad y además la concreción de un imaginario que sostenía a los igualitarios como pobres, hediondos y rateros. Estos son los elementos que nos permiten inferir en una participación activa y pasiva del bajo pueblo en las acciones igualitarias.

La Sociedad de la Igualdad logró movilizar al bajo pueblo, porque fue coherente con las manifestaciones propias de la plebe y sus intereses. La verbalización y discursividad de los igualitarios apuntó no sólo al artesanado sino que al pobre y al peón en general, de hecho es posible rastrear esa conjunción.

Las constantes acechanzas que sufría el “bajo pueblo” por parte de los funcionarios públicos o representantes del Estado, permiten notar dos esquejes: a) existieron manifestaciones de descontento, pero también, b) se dieron acciones que eran propias de la plebe. Los alborotos eran concordantes con la producción de sus vidas, la expresión de sus contextos y la manifestación de sus valores. La plebe no utilizó la violencia solamente como una forma de expresión de descontento. Sino que la violencia como un fin en sí mismo, como manifestación propia. La represión discursiva y fáctica, sobre los espacios del contento, el juego, el baile, el canto, el uso de los baños públicos y el humor, entre varios otros, dispusieron de un espacio altamente conflictivo en los niveles de la vida ordinaria.

Si sumamos a este mapa los abusos de poder, podemos graficar inmediatamente un esquema donde se puede concebir una posición política determinada sin tener necesariamente un discurso o participar activamente en la política partidista. La vida llena de acontecimientos que enfrentaron al gañan con el bodegonero y a la policía con los peones ebrios, marcó múltiples rencillas que se convirtieron en experiencias, en la medida que corrían los rumores y la identificación de las diferencias de intereses; propio de un grupo social tan heterogéneo como el pueblo. Esas experiencias sociales fueron de la mano con las políticas, en la medida que el Estado diseminado en varios dispositivos como la Intendencia y la Municipalidad, *vigiló* al populacho mediante la priorización de gastos en la iluminación de las calles, *castigó* a la plebe por medio del refuerzo de las cárceles y *aprehendió* al pueblo con el aumento en la seguridad policíaca constante.

El enfrentamiento con los dispositivos de poder encendieron una experiencia de tipo política. La convulsión social de la época de estudio no estuvo alejada de las

---

<sup>81</sup> Gillis, J.M. *The U.S Naval Astronomical expedition to the southern hemisphere, during years 1849-50-51-52.*



problemáticas que rondaban a las clases populares, se trató de sumar su fuerza por medio de “seducciones” discursivas, éstas permiten comprender la importancia que significaba hacerse del poder del pueblo. La singularidad de ésta coyuntura es que aquel “pueblo santiaguino” estaba altamente inmiscuido.

Casi un año antes del motín y de las votaciones de 1851, el bajo pueblo estaba participando de distintas formas en un club que aspiraba retóricamente a la superación de las diferencias de clase. De este modo, abril de 1851 no aparece sino que como uno de cuantos eventos que protagonizó la plebe, sin embargo la cualidad de ese día estuvo dada por la permisividad que tuvieron de expresarse en la aglomeración, en la muchedumbre en acción, en la turbamulta.

El fin de Semana Santa y las fiestas populares circundantes a la gran festividad religiosa del mes de abril, la aglomeración en las calles, el licor repartido por los soldados, el asalto a los ambulantes vendedores de comida, puestos de sandías, el asalto con piedras, palos y trapos envueltos en agua ras; fueron múltiples acciones que les permitieron al bajo pueblo hacerse de la calle (como acostumbraba) y sumarse a la sublevación. Cuando termina este acontecimiento, son los paisanos quienes salen gritando del cuartel: ¡Traición! ¡Traición!, de modo que conocían perfectamente cuál era el motivo (motor) de aquella manifestación del día domingo 20 de abril de 1851.

### **Conclusiones**

Según los cánones propuestos por Sergio Grez, podemos decir con absoluta certeza que no existe un proyecto popular. No obstante, si deconstruimos esa propuesta podemos concluir que el “proyecto histórico popular” no es aglutinante de la “politización popular”. Dicho de otro modo, que no exista un proyecto popular no quiere decir que no exista una historicidad que permita exponer la politización del bajo pueblo.

Las apreciaciones de María Angélica Illanes son muy precisas en ese sentido. La presencia constante de “acciones” dirigidas a “subvertir la posición de dichos sujetos” es pertinente para entender la complejidad que significaba “alzarse”, “manifestarse” en una sociedad vigilada. No es sólo la fragilidad hegemónica de la producción policial, moral y social de la época, sino que el abordaje de los espacios multifacéticos de la vida ordinaria, lo que explica la dificultad que había en responder a toda la “programación” que se trataba de construir desde las distintas esferas de dominación. Era tan aguda la relación entre la dominación-subordinación y fractura-insubordinación, que las prácticas cotidianas de vez en cuando nutrían una posición determinada, un gusto, sentirse en lo ilegal, abordar lo necesario con tal de modificar la fragilidad de la subsistencia. Este imperativo-



social, de clase, no era un discurso lúcido (racional-moderno), provenía de un razonamiento mucho más profundo, de un *raciocinio-cuerpo* que apostaba por el gusto de desafiar la vida y desbordar todos los límites.

En consideración a estos elementos, sería más preciso concebir la resistencia como una forma personal o colectiva de una contemporaneidad de vida, más que de un proyecto. Y que pese a que existen elementos sumamente claros que ilustran la pauperización social, las ideas de desarraigo y marginalidad no son elementos concluyentes para explicar la acción y la violencia del bajo pueblo. Es perentorio, entender como la vida ordinaria puesta bajo un juego sumamente expansivo de las relaciones de poder, tuvo diferentes experimentos que permitieron desarrollar un aprendizaje antisistémico por parte del bajo pueblo.

Si acaso estos sujetos no entraron en el “proyecto nacional” no se debió a su falta de soberanía y autonomía, sino que al desconocimiento y cercenamiento de aquellas por parte de la elite. Más, aunque a partir de esta relación dialéctica pareciera endurecer la bifurcación social, el discurso político, la politiquería, rompía aquel sello. Y es que la palabra, nunca ésta sostenida de la nada, el verbo es carne, así como decir, que la palabra crea realidad, sólo porque es realidad contenida en sí misma. La verbalización del bajo pueblo y la ambigüedad discursiva no sólo dieron paso a la apropiación y edificación de la posterior conciencia-ideológica del artesanado urbano-moderno, sino que a la presencia del populacho. Asimismo, la sola presencia es la que configuraba la primera afectividad “posicional”.

Debemos constreñir la idea de espontaneidad en la acción, ya que ésta última no es sino parte de un repertorio de manifestaciones pertenecientes aún tipo de relaciones sociales y culturales específicas. Y aunque el “anhelo” no puede ser considerado como embrionario de un proyecto nacional, lo cierto es que es efecto de un planteamiento político. El hecho de “desear” una posición mejor, fractura la hegemonía de la producción política, en el siguiente sentido: en la crítica a la posición actual, al cuestionamiento de su realidad inmediata, a la desnaturalización de su posición social, dicho de otro modo, “anhelar” es la primera pieza que mueve el engranaje que inicia el movimiento subversivo contra la propia subalternidad del sujeto-anhelante.

De esta manera podemos concluir, que la experiencia política popular no sólo fue más vasta, compleja y contradictoria, sino que es la clave, que abre la comprensión entre la relación de los sectores populares y la política de modo más real y sustantivo. Esto nos obliga a abandonar la persistencia de la “conciencia” porque ésta nos obliga a obviar las especificidades inmediatas de los sujetos y sus relaciones sociales.



“La ‘Turbamulta’ y la experiencia política popular  
en el motín del 20 de abril de 1851, Santiago”

La “turbamulta” fue una conjunción “permanente” en acción e inacción, era una estrategia común para el bajo pueblo, así como también, un temor constante que provocaba a la elite evitarla y arrestarla. Era efectivamente poseedora de una fuerza que presionaba sobre las autoridades, la elite y la población en general. Y por esta misma razón, nunca fue eventualidad casual y espontánea, sino que resabio de experiencias anteriores de una politización subversiva.



### Fuentes citadas:

- A.B.V.M. Vol.35. Nº21. *Datos sobre el 20 de abril de Don Anjel Vasquez 1877*, f.237.
- A.B.V.M. Vol.35. *Carta de Don Daniel Espejo sobre el 20 de abril*. Chillán 10 de Diciembre de 1877, f.224
- A.B.V.M. Vol.35. *Apuntes de los sucesos del 20 de Abril por Don Santiago Gutiérrez*
- A.B.V.M. Vol.35. Datos sobre la revolución del 20 de abril de 1851. *Conversación con un soldado de cazadores de cívicos*. 22 de Abril de 1851, f.21.
- *Constitución política de Chile de 1833*.
- *El Cazador*. Año 1. Nº2. Martes 22 de Abril de 1851.
- *La Tribuna*. Folletín (hoja suelta publicada). 20 de Abril de 1851
- *La Tribuna*. Año 3. Nº610.
- LASTARRIA, J.V. *Diario Político. 1849-1852*, Sección “Diarios, Memoria y Relatos Testimoniales”. En: *Revista Chilena*. NºVIII. Santiago: Año I, tomo II. 1917, 27 de mayo de 1851.
- SARMIENTO, D.F. *Motín en Santiago*. Santiago: Impr. Julio Belin i Cia. 1851
- VICUÑA MACKENNA, B. *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851: una batalla en las calles de Santiago*.

### Bibliografía citada:

- ARRATE, J. & ROJAS, E. *Memoria de la Izquierda chilena*. Tomo I, 1850-1970. Santiago: Ediciones B. 2003
- EDWARDS, A. *La fronda aristocrática*. Santiago: Ed. Universitaria. 2001.
- GILLIS, J.M. *The U.S Naval Astronomical expedition to the southern hemisphere, during years 1849-50-51-52*. Washington: AOP Nicholson Printer. 1855
- GREZ, S. *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile*. Santiago: RIL Editores. 2007.
- GREZ, S. “Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador”. En: *Revista proposiciones*. Santiago: SUR. Nº24. 1994, pp.230-235.
- GUHA, R. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Ed. Crítica. 2002.
- HOBBSAWM, E. *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ed. Ariel. 1993
- ILLANES, M.A. “La revolución solidaria. Las sociedades de socorros mutuos de artesanos y obreros: un proyecto popular democrático. 1840-1910”. En: *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Santiago: LOM. 2003, pp.261-363.
- LACLAU, E. & MOUFFE, C. *Hegemonía y estrategia socialista*. Argentina: Fondo de Cultura Económica. 2006.
- PALMA, D. *Guerra civil, guerra social y miedo patricio. La intervención popular en los motines de 1851*. Artículo inédito.
- RETAMAL, J. *La Nación rota. De la “regeneración del pueblo” a la perversidad popular. Santiago de Chile 1845-1852*. Tesis (Licenciado en Historia y Ciencias Sociales). Santiago: Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS, Escuela de Historia, 2008
- SALAZAR, G. “Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)”. En: *Revista proposiciones*. Santiago: SUR. Nº20. 1991, pp.180-231
- ZAÑARTU, S. *Santiago Calles Viejas*. Santiago: Gabriela Mistral. 1975, p.80.